

bra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande, y muy conocido. Esta oracion no hace daño por larga que sea; al menos á mi nunca me le hizo; ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal; antes quedaba con gran mejoría. Mas qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar, que hubo gran ocasion, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.

7. Verdad es, que á los principios pasa en tan breve tiempo, (al menos á mi así me acaecía) que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se dá tanto á entender, cuando pasa con brevedad; mas bien se entiende en sobra de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que á mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspension de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho: yo nunca, á mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente: mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan á importunar: como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco, y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oracion, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á emborrachar, y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí, para estar muy mas ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginacion en nada (que á mi entender tambien se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco á cogerlas Dios consigo.

8. Ahora vengamos á lo interior de lo que el alma aquí siente; digalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuánto mas decir: Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta mesma oracion que escribo) qué hacia el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse mas en mí, ya no es ella la que vive, sino yo: cómo no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo. Quien lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no se puede decir mas claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Solo podré decir, que se representa es-

tar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera (como he dicho) se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiere habido dél: si lee, en lo que leía, no hay acuerdo, ni parar: si rezar, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le quemán las alas, ya no puede mas bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama: el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: á mi no me parece, que entiende; porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto. Acaeciome á mi una ignorancia al principio, que no sabia que estaba Dios en todas las cosas; y como me parecia estar tan presente, pareciame imposible dejar de creer que estaba allí, no podia, por parecerme casi claro habia entendido estar allí su mesma presencia. Los que no tenían letras, me decian, que estaba solo por gracia, yo no lo podia creer; porque, como digo, pareciame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la orden del glorioso patriarca Santo Domingo me quitó desta duda; que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar, y entender, que siempre esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

CAPÍTULO XIX.

Prosigue en la mesma materia, comienza á declarar los efectos que hace en el alma este grado de oracion. Persuaden mucho á que no tornen atrás, aunque despues desta merced tornen á caer, ni dejen la oracion. Dice los daños que vernán de no hacer esto: es mucho de notar, y de gran consolacion para los flacos, y pecadores.

1. Queda el alma desta oracion, y union con grandísima ternura; de manera, que se querria deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállese bañada dellas, sin sentirlo, ni saber cuando, ni cómo las lloró; mas dále gran deleite ver aplacado aquel impetu del fuego con agua, que le hace mas crecer: parece esto algaravia, y pasa así. Acaecido me ha algunas veces en este término de oracion, estar tan fuera de mí, que no sabia si era sueño, ó si pasaba en verdad la gloria que habia sentido, y de verme llena de agua, (que sin pena destilaba con tanto impetu, y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo) veía que no habia sido sueño; esto era á los principios, que pasaba con brevedad. Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le seria gran consuelo. Allí son las pro-

mesas, y determinaciones heróicas, la viveza de los deseos, el comen-
zar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy mas
aprovechada, y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad
mas crecida; porque vé claro, que para aquella escesiva merced, y
grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla, ni para
tenerla. Vése claro indignísima (porque empieza á donde entra mucho
sol, no hay telaraña escondida) vé su miseria: vá tan fuera la vanaglo-
ria, que no le parece la podria tener; porque ya es por vista de ojos lo
poco, ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento,
sino que parece, que aunque no quiso le cerraron la puerta á todos los
sentidos, para que mas pudiese gozar del Señor: quedase sola con él,
¿qué ha de hacer sino amarle? Ni vé, ni oye, sino fuese á fuerza de
brazos, poco hay que le agradecer. Su vida pasada se le representa des-
pues, y la gran misericordia de Dios, con gran verdad, y sin haber me-
nester andar á caza el entendimiento, que allí vé guisado lo que ha de
comer, y entender. De si vé, que merece el infierno, y que le castigan
con gloria: deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querria deshacer
ahora. Bendito seais, Señor mio, que así haceis de picina tan sucia co-
mo yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seais alabado, ó re-
galo de los ángeles, que así quereis levantar un gusano tan vil.

2. Queda algun tiempo este aprovechamiento en el alma: puede ya
(como entender claro que no es suya la fruta) comenzar á repartir della,
y no le hace falta á sí. Comienza á dar muestras de alma, que guarda
tesoros del cielo, y á tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar á
Dios, no sea ella sola la rica. Comienza á aprovechar á los prójimos ca-
si sin entenderlo, ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las
flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse á ellas. En-
tienden que tienen virtudes, y vén la fruta, que es codiciosa; querrianle
ayudar á comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos, y perse-
cuciones, y murmuraciones, y enfermedades (que pocos deben de lle-
gar aquí sin esto) y si está mullida, con ir muy desasida de propio in-
terese, el agua se embebe tanto, que casi nunca se seca; mas si es
tierra, que aun se está en la tierra, y con tantas espinas, como yo al
principio estaba, y aun no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida,
como merece tan gran merced, tórnase la tierra á secar; y si el hor-
telano se descuida, y el Señor por sola su bondad, no torna á querer
llover, dad por perdida la huerta, que así me acació á mí algunas
veces; que cierto yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí, no lo
podiera creer: escribolo para consuelo de almas flacas como la mia,
que nunca desesperen, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios, aun-

que despues de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, ca-
yan, no desmayen, si no se quieren perder del todo: que lágrimas to-
do lo ganan, un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo,
siendo la que soy, á obedecer en escribir esto, y dar cuenta de mi ruin
vida, y de las mercedes, que me ha hecho el Señor, con no servirle,
sino ofenderle, ha sido esta; que cierto yo quisiera aquí tener gran au-
toridad, para que se me creyera esto: al Señor suplico, su Majestad la
dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado á tener ora-
cion, con decir: Si torno á ser malo, es peor ir adelante con el ejerci-
cio della. Yo lo creo, si se deja la oracion, y no se enmienda del mal;
mas si no la deja, crea que le sacará á puerto de luz. Hizome en esto
gran bateria el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad te-
nerla, siendo tan ruin, que (como ya he dicho) la dejé año y medio, al
menos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no fuera mas, ni
fué, que meterme yo mesma, sin haber menester demonios, que me
hiciesen ir al infierno. ¡O válame Dios, que ceguedad tan grande! ¡Y
que bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano!
Sabe el traidor, que alma que tenga con preseverancia oracion, la tie-
ne perdida, y que todas las caidas, que la hace dar, la ayudan, por la
bondad de Dios, á dar despues mayor salto en lo que es su servicio:
algo le vá en ello.

3. ¡O Jesus mio! que es ver un alma que ha llegado aquí, caída en
un pecado, cuando vos por vuestra misericordia la tornais á dar la mano,
y la levantais; cómo conoce la multitud de vuestras grandezas, y mise-
ricordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer
vuestras grandezas: aquí el no osar alzar los ojos: aquí es el levantar-
los, para conocer lo que os debe: aquí se hace devota de la Reina del
cielo, para que os aplaque: aquí invoca los santos que cayeron, des-
pues de haberlos vos llamado, para que le ayuden: aquí es el parecer,
que todo le viene ancho, lo que le daís, porque vé no merece la tierra
que pisa: el acudir á los sacramentos: la fé viva, que aquí le queda
de ver la virtud, que Dios en ellos puso: el alabaros, porque dejastes
tal medicina, y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan,
sino que del todo las quitan. Espántase desto; ¿y quién, Señor de mi
alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande, y merced tan
crecida, á traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me
parte el corazon, cuando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lagri-
millas, que aquí lloro, dadas de vos (agua de tan mal pozo, en lo que es
de mi parte) parece que os hago pago de tantas traiciones, siempre ha-
ciendo males, y procurándoos deshacer las mercedes que vos me habeis

hecho. Ponedlas vos, Señor mio, valor; aclarad agua tan turbia, si quiera porque no dé á alguno tentacion en hechar juicios (como me la ha dado á mí) pensando; ¿por qué, Señor, dejais unas personas muy santas, que siempre os han servido, y trabajando, criadas en religion, y siéndolo, y no como yo, que no tenia mas del nombre, y ver claro que no las haceis las mercedes que á mí? Bien veo yo, bien mio, que le guardais vos el premio para dárselo junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y los tratais como á gente forzada, y no interesal. Mas con todo sabeis vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de vos, disculpando á las personas que me murmuraban, porque me parecia les sobraba razon. Esto era ya, Señor, despues que me teniades por vuestra bondad, para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecia os podia enojar: que en haciendo yo esto comenzastes, Señor, á abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa, sino que hubiese voluntad, y aparejo en mí para recibirlos, segun con brevedad comenzastes á no solo darlos, sino á querer entendiesen me los dábades.

4. Esto entendido, comenzó á tenerse buena opinion de la que todos aun no tenia á bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucia. Comenzó la murmuracion, y persecucion de golpe, y á mí parecer con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos á vos, mirásedes la razon que tenian. Decian que me queria hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte, aun á cumplir toda mi regla, ni á las muy buenas, y santas monjas que en casa habia, ni creo llegaré si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno, y poner costumbres, que no lo eran; al menos hacia lo que podia para ponerlas, y en el mal podia mucho. Así que sin culpa suya me culpaban. No digo eran solo monjas, sino otras personas: descubriánme verdades, porque lo permitíades vos.

5. Una vez rezando las horas (como yo algunas tenia esta tentacion) llegué al verso que dice, *justus es Domine*, y tus juicios: comencé á pensar, cuán gran verdad era; que en esto no ternia el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera, que yo dudase teneis vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fé; antes me parecia, mientras mas sin camino natural iban, mas firme la tenia; y me daba devocion grande en ser todo poderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas, que hiciérades vos: y en esto, como digo, jamás tenia duda; pues pensando cómo con justicia, permitiades á muchas que habia,

cómo tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenian los regalos, y mercedes que me haciades á mí, siendo la que era; respondistesme, Señor: sirveme tú á mí, y no te metas en eso. Fué la primera palabra, que entendí hablarme vos, y así me espantó mucho; porque despues declararé esta manera de entender, con otras cosas, no lo digo aquí, que es salir de propósito; y creo harto he salido dél. Casi no sé lo que me he dicho: no puede ser menos, sino que ha vuesa merced dé sufrir estos intervalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido, y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo, y he de decir.

6. Plega al Señor, que siempre sean esos mis desatinos, y que no permita ya su Majestad, tenga yo poder para ser contra él un punto, antes en este que estoy me consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces, que ha perdonado tanta ingratitude. A san Pedro una vez que lo fué, á mí muchas; que con razon me tentaba el demonio, no pretendiese amistad estrecha, con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mia! ¿A dónde pensaba, Señor mio, hallar remedio, sino en vos? ¡Qué disbarate, huir de la luz, para andar siempre tropezando! Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada á la columna, y báculo, que me ha de sustentar, para no dar tan gran caida! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso, como esta invencion; que el demonio me enseñaba por via de humildad. Poníame en el pensamiento, que ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes habia de llegarme á la oracion? Que me bastaba rezar lo que debia, como todas: mas que aun pues esto no hacia bien, ¿cómo queria hacer mas? Que era poco acatamiento, y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar, y entender esto, mas ponerlo por obra, fué el grandísimo mal. Bendito seais vos Señor, que así me remediastes. Principio de la tentacion que hacia á Judas, me parece esta; sino que no osaba el traidor tan al descubierto: mas él viniera de poco en poco á dar conmigo, á donde dió con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oracion. Sepan, que el tiempo que estuve sin ella, era mucho mas perdida mi vida: mírese que buen remedio me daba el demonio, y que donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo habia de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenia presentes las mercedes, y favores, veia los contentos de acá ser asco: como pudo pasar me espanto: era con esperanza, que nunca yo pensaba (á lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto mas de veinte y un años) dejaba de estar deter-

minada de tornar á la oracion, mas esperaba estar muy limpia de pecados: ¡O qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el día del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno: pues teniendo oracion, y leccion, que era ver verdades, y el ruin camino que llevaba, é importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin, que no me podia valer; apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones, y pocas ayudas, y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme á caer) ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo gran letrado, que él me despertó deste sueño; él me hizo (como creo he dicho) comulgar de quince á quince días, y del mal no tanto, comencé á tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor: mas como no habia perdido el camino, aunque poco á poco cayendo, y levantando iba por él; y el que no deja de andar, é ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oracion. Dios nos libre, por quien él es.

7. Queda de aquí entendido (y nótese mucho, por amor del Señor) que aunque un alma llegue á hacerla Dios tan grandes mercedes en la oracion, que no se fie de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera. Mírese mucho, que vá mucho, que el engaño, que aquí puede hacer el demonio despues, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor de la mesma merced en lo que puede; y á personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que haste (como adelante diré) para ponerse en las ocasiones, y peligros, por grandes deseos, y determinaciones que tengan. Es excelente doctrina esta, y no mia, sino enseñada de Dios: y así querria, que personas ignorantes como yo la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí, para salir á combatir, porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aun no tiene fuerza para pelear contra ellos, y traerlos debajo de los piés, como hacen los que están en el estado que diré despues. Este es el engaño con que coje el demonio, que como se vé un alma tan llegada á Dios, y vé la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, deste amor nace confianza, y seguridad de no caer de lo que goza. Parécele, que vé claro el premio, que no es posible ya en cosa, que aun para la vida es tan deleitosa, y suave, dejarla por cosa tan baja, y sucia, como es el deleite: y con esta confianza quitale el demonio la poca que ha de tener de sí: y como digo, pónese en los peligros, y comienza con buen celo á dar de la fruta sin tasa, cre-

yendo que ya no hay que temer de sí. Y esto nó vá con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada; sino de mucha confianza de Dios, sin discrecion, porque no mira que aun tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, mas aun no está para volar; porque las virtudes aun no están fuertes, ni tiene esperiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

8. Esto fué lo que á mí me destruyó; y para esto, y para todo hay gran necesidad de maestro, y trato con personas espirituales. Bien creo, que alma que llega Dios á este estado, si muy del todo no deja á su Majestad, que no la dejará de favorecer, ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor, no la engañe, en que deje la oracion, como hacia á mí con humildad falsa, como ya lo he dicho, y muchas veces lo querria decir: fie de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y nó se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros conociéndonos queremos tornar á su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan á perdonarnos mas presto, como á gente que ya era de su casa, y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras, y mireñ lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansémos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre. Amen; y alábenle todas las cosas.

CAPITULO XX.

En que trata la diferencia que hay de union á arrobamiento: declara, qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma, que el Señor por su bondad llega á él: dice los efectos que hace.

1. Querria saber declarar con el favor de Dios, la diferencia que hay de union á arrobamiento, ó elevamiento, ó vuelo que llaman de espíritu, ó arrebatamiento, que todo es uno. Digo, que estos diferentes nombres todo es una cosa, y tambien se llama éstasis (1). Es grande la ventaja que hace á la union: los efectos muy mayores hace, y otras hartas operaciones; porque la union parece principio, y medio, y fin, y lo es

(1) Dice, que el arrobamiento hace ventaja á la union: que es decir, que el alma goza de Dios mas en el arrobamiento; y que se apodera della Dios mas, que en la union. Y vese ser así, porque en el arrobamiento se pierde el uso de las potencias exteriores, é interiores. Y en decir, que la union es principio, medio, y fin, quiere decir, que la pura union casi siempre es por una misma manera: mas en el arrobamiento hay grados, en que unos son como principio, y otros como medio, y otros como fin. Y por esta causa tiene diferentes nombres, que unos significan lo menos dél, y otros lo mas alto, y perfeto, como se declara en otras partes.